

**EL ABUELO QUE SALTÓ  
POR LA VENTANA Y  
SE LARGÓ  
JONAS JONASSON**



Momentos antes de que empiece la pomposa celebración de su centésimo cumpleaños, Allan Karlsson decide que nada de eso va con él. Vestido con su mejor traje y unas pantuflas, se encarama a una ventana y se fuga de la residencia de ancianos en la que vive, dejando plantados al alcalde y a la prensa local. Sin saber adónde ir, se encamina a la estación de autobuses, el único sitio donde es posible pasar desapercibido. Allí, mientras espera la llegada del primer autobús, un joven le pide que vigile su maleta, con la mala fortuna de que el autobús llega antes de que el joven regrese y Allan, sin pensarlo dos veces, se sube con la maleta, ignorante de que en el interior de ésta se apilan, ¡santo cielo!, millones de coronas de dudosa procedencia. Pero Allan Karlsson no es un abuelo fácil de amilanar. A lo largo de su centenaria vida ha tenido un montón de experiencias de lo más singulares: desde inverosímiles encuentros con personajes como Franco, Stalin o Churchill, hasta amistades comprometedoras como la esposa de Mao, pasando por actividades de alto riesgo como ser agente de la CIA o ayudar a Oppenheimer a crear la bomba atómica. Sin embargo, esta vez, en su enésima aventura, cuando creía que con su jubilación había llegado la tranquilidad, está a punto de poner todo el país patas arriba.

La edición en castellano de esta novela llega precedida de un éxito arrollador en toda Europa. Casi dos millones de ejemplares vendidos —de los cuales más de un millón en Suecia, donde fue Libro del Año y Premio de los Libreros— y presente en las listas de libros más vendidos en Italia, Francia y Alemania, país donde ocupa el puesto número uno al día de hoy, demuestran que estamos ante una rara avis. Jonasson ha urdido una historia extremadamente audaz e ingeniosa, capaz de sorprender constantemente al lector, pero el verdadero regalo es su personaje protagonista, Allan Karlsson, un hombre de un maravilloso sentido co-

mún, un abuelo sin prejuicios que no está dispuesto a renunciar al placer de vivir.

Nadie era capaz de hechizar a su público como el abuelo, sentado allí, en el banco de madera, inclinado ligeramente sobre su bastón y mascando rapé.

—Pero ¿es eso cierto, abuelo? —preguntábamos pasmados sus nietos.

—Quienes sólo saben contar la verdad no merecen ser escuchados —contestaba el abuelo.

Este libro es para él.

*Jonas Jonasson*

1

## Lunes 2 de mayo de 2005

Es verdad que habría podido decidirse antes y de paso haber tenido la deferencia de comunicar su decisión a los interesados, pero Allan Karlsson nunca había dedicado tiempo a pensar las cosas antes de hacerlas.

Por tanto, en cuanto la idea le vino a la cabeza, abrió la ventana de su habitación en el primer piso de la residencia de ancianos de Malmköping, provincia de Södermanland, y bajó por el emparrado hasta el arriate del jardín.

La maniobra le resultó complicada, algo comprensible dado que ese mismo día Allan cumplía cien años. En menos de una hora se celebraría su fiesta de cumpleaños en el salón de la residencia. El mismísimo alcalde haría acto de presencia. Y la prensa local. Y el resto de los ancianos. Y el personal al completo, con la furibunda enfermera Alice a la cabeza, por supuesto.

Sólo el homenajeadó no tenía la intención de presentarse.

## 2

**Lunes 2 de mayo de 2005**

Allan Karlsson vaciló un momento en el arriate de pensamientos adosado a uno de los muros de la residencia. Vestía chaqueta marrón, pantalones marrones y zapatillas marrones. No iba a la última moda, desde luego, pero aun así aquel atuendo resultaba un poco raro para su edad. Había huido de su fiesta de cumpleaños, y eso también resultaba un poco raro para su edad, sobre todo porque muy pocos la alcanzan.

Sopesó si tomarse la molestia de volver a trepar hasta la ventana para coger el sombrero y los zapatos, pero cuando comprobó que llevaba la cartera en el bolsillo de la chaqueta, decidió ahorrárselo. Además, la enfermera Alice había demostrado en varias ocasiones poseer un fastidioso sexto sentido (allá donde él escondiera su aguardiente, ella siempre lo encontraba), y quizá en ese mismo instante anduviese por el pasillo barruntando que allí olía a chamusquina.

Mejor largarse cuando aún estaba a tiempo, pensó, y sacó las piernas del arriate con un crujir de rodillas. Que él recordara, en la cartera llevaba unos cuantos billetes de cien coronas que había conseguido ahorrar, lo cual le resultaría muy útil, ya que sin duda desaparecer no le saldría gratis.

Volvió la cabeza y echó un último vistazo a la residencia de ancianos, que hasta hacía muy poco había considerado

su última morada en la tierra, y se dijo que eso de morir bien podía hacerlo en otro momento y otro lugar.

Así pues, el centenario echó a andar con sus zameadillas (así llamadas porque a cierta edad rara vez mea uno más lejos de sus propios zapatos). Primero cruzó un parque y luego rodeó un descampado donde, de vez en cuando, se instalaba algún mercadillo. Por lo demás, aquella ciudad era bastante tranquila. Tras recorrer unos cientos de metros, se metió por detrás de la orgullosa iglesia medieval y se sentó en un banco al lado de las lápidas, para conceder un breve descanso a sus rodillas. La religiosidad de los lugareños no llegaba al extremo de que Allan hubiese de temer que pudieran echarlo de allí. Según comprobó con sorpresa, bajo la losa situada justo enfrente del banco yacía un tal Henning Algotsson, nacido el mismo año que él. Menuda ironía del destino. La principal diferencia entre ambos residía en que Henning había exhalado su último suspiro sesenta y un años antes.

Si Allan hubiese tenido otro talante, tal vez se habría preguntado de qué había muerto Henning a la temprana edad de treinta y nueve años. Pero él nunca se metía en lo que hacían o dejaban de hacer los demás, no si podía evitarlo, y casi siempre podía.

Prefirió pensar que probablemente se habría equivocado de medio a medio quedándose encerrado en el asilo con la convicción de que, en caso necesario, podría morir sin más y acabar con todo. Y es que, por muchas vejaciones que pudiera sufrir uno, resultaba más interesante e instructivo escapar de la espantosa enfermera Alice que yacer inmóvil dos metros bajo tierra.

En vista de ello y desafiando sus doloridas rodillas, el cumpleaños se puso en pie, se despidió de Henning Algotsson y prosiguió su improvisada fuga.

Cruzó el cementerio hacia el sur hasta que un murete de piedra le impidió el paso. No mediría más de un metro de alto, pero Allan era un centenario, no un saltador de altura. Sin embargo, al otro lado aguardaba la terminal de autobuses de Malmköping, y en ese instante comprendió que sus inseguras piernas querían llevarlo precisamente allí. Una vez, hacía muchos años, Allan había cruzado el Himalaya, y aquello sí había sido fatigoso. Y en eso se concentró para superar el último obstáculo que lo separaba de la terminal. Se concentró tanto que el murete encogió a sus ojos hasta casi quedar reducido a nada. Y cuando más insignificante le pareció, Allan, a pesar de su edad y sus rodillas, trepó y saltó al otro lado.

En Malmköping raras veces había aglomeraciones, y aquel soleado día de primavera no era una excepción. Todavía no se había cruzado con nadie desde que inopinadamente decidió saltarse su propia fiesta de cumpleaños. La sala de espera de la terminal también estaba casi desierta cuando entró arrastrando las zapatillas. Sólo casi. En medio de la sala había dos hileras de asientos, respaldo contra respaldo, todos desocupados. A la derecha, dos ventanillas, una de ellas cerrada. Tras la segunda había un hombrecillo escuálido, de pequeñas gafas redondas, cabello ralo con raya a un lado y chaleco reglamentario. Al ver a Allan, dejó de teclear en su ordenador y compuso una expresión atribulada. ¿Quizá el ajetreo de esa tarde le resultaba demasiado estresante? Porque Allan acababa de constatar que no era el único viajero en la sala de espera. En efecto, en un rincón había un joven esmirriado de pelo rubio, largo y grasiento, barba hirsuta y una cazadora vaquera en cuya espalda ponía «Never Again».

Probablemente no sabía leer, pues tiraba de la puerta del aseo para minusválidos como si el letrero «Fuera de servicio», en letras negras sobre fondo amarillo, no significara nada.

Al cabo se pasó a la puerta del aseo contiguo, pero allí el problema era otro. Al parecer, el joven no quería separarse de su enorme maleta gris con ruedas, pero el lavabo era demasiado pequeño para albergar a ambos. Observándolo, Allan comprendió que tendría que entrar sin la maleta, o bien meterla dentro y quedarse él fuera.

Sin embargo, ése fue todo el interés que mostró por los problemas de aquel joven. Bastante tenía ya con ir arrastrando los pies lo mejor que podía para acercarse, pasito a pasito, a la ventanilla y preguntarle al empleado si había algún medio de transporte que saliera hacia algún lugar dentro de los próximos minutos y, de ser así, cuánto costaba el billete.

El hombrecillo lo observaba con aspecto cansado. De hecho, había perdido el hilo de la explicación, porque tras unos segundos de reflexión preguntó:

—¿Y qué destino tenía en mente el señor?

Allan empezó de nuevo y le recordó que tanto el destino como el recorrido eran secundarios, y que lo principal era 1) la hora de salida y 2) el precio.

El otro guardó silencio unos instantes mientras consultaba los horarios y rumiaba las palabras de Allan.

—El coche de línea 202 sale dentro de tres minutos con destino Strängnäs —dijo por fin—. ¿Le va bien?

Sí, a Allan le iba muy bien. Por tanto, fue informado de que el autobús en cuestión partía del andén situado delante de la entrada de la terminal, y de que lo más adecuado era comprarle el billete directamente al conductor.

Allan se preguntó qué haría aquel hombrecillo detrás de la taquilla si no expedía billetes, pero se lo calló. Tal vez él también se lo preguntara. En su lugar, le dio las gracias y a modo de saludo intentó levantarse un sombrero que, con las prisas, había olvidado en la habitación.

Se sentó en una de las hileras de asientos vacíos y se sumió en sus pensamientos. Sólo faltaban doce minutos para que comenzara la puñetera fiesta de aniversario, que esta-

ba programada para las tres. En breve empezarían a llamar a la puerta de su habitación, y a partir de entonces se armaría la gorda, de eso no cabía duda.

El homenajeado se sonrió mientras con el rabillo del ojo veía acercarse a alguien. Era el joven esmirriado de pelo rubio, largo y grasiento, barba hirsuta y la cazadora vaquera con el «Never Again» en la espalda. Se dirigía directamente hacia él, tirando de su enorme maleta con ruedas. Allan comprendió al punto que corría un gran riesgo de tener que hablar con aquel pelanas, pero en el fondo no le vendría mal, supuso, pues le serviría para formarse una idea sobre las preocupaciones e inquietudes de la juventud actual.

Y, en efecto, se produjo un diálogo, aunque no de altos vuelos. El joven se detuvo a un metro de Allan, pareció estudiarlo un instante y dijo:

—Eh, tío, ¿qué pasa?

Allan también le dio amablemente las buenas tardes y preguntó si podía ayudarlo en algo. Podía. El joven quería que Allan le echase un ojo a la maleta mientras él hacía sus necesidades en el servicio. O, como explicó:

—Tengo que cagar.

Allan repuso educadamente que, aunque estaba hecho un cascajo, aún conservaba bien la vista y no le supondría molestia alguna vigilarle la maleta. Sin embargo, le advirtió que se diera prisa, porque dentro de nada tenía que coger un autobús.

Cabe suponer que el joven no oyó esto último, ya que salió corriendo hacia el lavabo antes de que Allan hubiese terminado la frase.

El anciano no solía exasperarse con la gente, hubiera o no motivo para ello, y en esta ocasión tampoco lo incomodó la grosería del joven. No obstante, huelga mencionar que tampoco le inspiró una simpatía especial, lo cual tuvo suma relevancia en lo que sucedería a continuación.

Que fue que el coche de línea 202 paró delante de la entrada escasos segundos después de que el melenas se

encerrara en el aseo. Allan miró el autobús y luego la maleta, después de nuevo el autobús y otra vez la maleta.

Tiene ruedas, se dijo. Y un asa para llevarla.

Y entonces se sorprendió tomando lo que se podría calificar como la decisión que le cambiaría la vida.

El conductor, un hombre servicial y atento, lo ayudó a subir el equipaje a bordo.

Allan le dio las gracias y sacó su cartera del bolsillo de la chaqueta. Mientras contaba el dinero que tenía —seiscientas cincuenta coronas en billetes y algunas monedas—, el conductor preguntó si el señor quería ir a Strängnäs. Allan pensó que lo mejor sería mostrarse precavido, al menos de momento, así que separó un billete de cincuenta y preguntó:

—¿Hasta dónde llego con esto?

El otro, divertido, comentó que estaba acostumbrado a que la gente supiese adónde quería ir pero no cuánto le costaría, y que lo contrario era muy poco habitual. Después echó un vistazo al listado de tarifas y le dijo que por cuarenta y ocho coronas podía llevarlo hasta Estación de Byringe.

A Allan le pareció bien. Cogió el billete y las dos coronas de cambio. El conductor colocó la maleta recién robada en el espacio reservado para equipaje detrás de su asiento, y Allan se sentó en la primera fila de la derecha. Por la ventanilla veía la sala de espera de la terminal. Cuando el vehículo se puso en marcha, la puerta del aseo seguía cerrada. Pensando en el buen chasco que aquel joven se llevaría en cuanto saliera, Allan le deseó unos momentos placenteros allí dentro.

Aquella tarde, el autobús con destino a Strängnäs no iba lleno ni mucho menos. En la penúltima fila se sentaba una mujer de mediana edad que lo había cogido en Flen; en el medio, una joven madre que a duras penas había conseguido

do subir en Solberga con sus dos hijos, uno de ellos metido en un cochecito; y, delante, un señor muy mayor que se había sumado al pasaje en Malmköping.

Este último estaba preguntándose por qué había robado aquella maleta gris con ruedas. ¿Tal vez porque había tenido ocasión de hacerlo? ¿Porque su propietario era un patán? ¿O porque quizá contuviera unos zapatos, una muda e incluso un sombrero? ¿O porque no tenía nada que perder? Lo cierto es que Allan no sabía cómo explicarlo. Cuando la vida hace horas extras es fácil tomarse libertades, pensó, y se acomodó en el asiento.

Se hicieron las tres y el autobús pasó por Björndammen. Allan constató que, de momento, estaba satisfecho con el desarrollo de los acontecimientos. Y cerró los ojos para echar una cabezada.

En ese mismo instante, la enfermera Alice llamaba a la puerta de la habitación 1 de la residencia de ancianos de Malmköping. Llamó otra vez. Y otra.

—No sea cabezota, Allan. El alcalde y los demás ya están abajo. ¿Me oye? Haga el favor de salir de una vez. ¿Allan?

Y más o menos a la misma hora se abrió la puerta del único aseo que funcionaba en la terminal de autobuses. De él salió un joven aliviado por partida doble. Tras avanzar unos pasos mientras se ajustaba el cinturón con una mano y se pasaba la otra por el pelo, se detuvo en seco, miró las dos hileras de asientos y luego a izquierda y derecha. Acto seguido, incrédulo, exclamó:

—Pero ¿qué cojones...? ¡Será cabrón...! —Entonces tomó aire y acabó de estallar—: ¡Eres hombre muerto, viejo de mierda! ¡Cuando te encuentre...!

## 3

**Lunes 2 de mayo de 2005**

Poco después de las tres de la tarde, en la residencia de ancianos de Malmköping la calma fue sustituida por una zozobra que duraría varios días. En lugar de enfadarse, la enfermera Alice se inquietó y no dudó en utilizar la llave maestra. Puesto que Allan no había hecho nada por ocultar su huida, al punto advirtieron que había salido por la ventana. Y por las pisadas que distinguieron en la tierra vieron que, antes de marcharse, había hecho un estropicio entre los pensamientos del arriate.

En virtud de su cargo, el alcalde se sintió obligado a tomar las riendas del asunto. Se aclaró la garganta y dispuso que los presentes se dividieran en parejas que saldrían en busca del anciano por los alrededores de la residencia, pues al fin y al cabo no podía hallarse muy lejos. Envió una pareja al parque, otra al Systembolaget —la licorería, donde la enfermera Alice solía encontrar a Allan las veces que se escapaba—, una tercera a peinar las demás tiendas a lo largo de Storgatan, y, por último, una cuarta al museo de la ciudad, en lo alto de la colina. Él se quedaría en la residencia, vigilando al resto de los ancianos y, de paso, decidiendo qué otras medidas deberían adoptarse. Por último, pidió a todos máxima discreción, pues lo ocurrido no tenía por qué divulgarse innecesariamente. Sin embargo, con el jaleo reinante, no reparó en que una de las parejas de rescate que acababa de designar estaba compuesta por un reportero del diario local y su fotógrafa.

Aunque la terminal de autobuses no caía dentro del perímetro de búsqueda señalado por el alcalde, allí había un grupo unipersonal formado por un joven esmirriado de pelo rubio, largo y grasiento, barba hirsuta y una cazadora vaquera en cuya espalda ponía «Never Again». Y ya había registrado infructuosamente cada rincón de la estación. Frustrado, se dirigió con paso decidido hacia la taquilla a fin de exigir información sobre el posible itinerario de aquel viejo felón.

Si bien estaba harto de su trabajo, eso nadie podía negarlo, el hombrecillo todavía conservaba cierto pundonor profesional. Y por tal razón no se amilanó ante el vociferante joven, sino que tuvo arrestos para explicarle que la privacidad de los señores viajeros de la terminal no era algo que se pudiese airear a la ligera, y, ya puesto, añadió que en ninguna circunstancia, presente o futura, pensaba proporcionarle la información requerida.

El joven frunció el ceño y trató de descifrar aquella parrafada. Después se desplazó unos metros a la izquierda, hasta la endeble puerta de la oficina. No se molestó en verificar si estaba cerrada con llave. Sólo cogió carrerilla y le propinó una patada con la bota derecha que hizo saltar astillas. El taquillero ni siquiera logró levantar el auricular para pedir ayuda cuando ya se encontraba pataleando en el aire delante del joven, que lo sostenía firme y dolorosamente por las orejas.

—Puede que no sepa qué coño es esa privacidad, pero soy un hacha a la hora de que la gente desembuche —le espetó éste, y lo soltó para que cayera con un golpe sordo sobre la silla giratoria.

Acto seguido, le explicó lo que les haría a sus genitales, valiéndose de martillo y clavos, si no accedía a su solicitud de información. La descripción fue tan rica en detalles y tan convincente, que al hombrecillo le faltó tiempo para con-

tarle cuanto sabía, es decir, que el anciano había cogido el coche de línea 202 a Strängnäs. Lo que no sabía era si llevaba una maleta consigo, pues él no acostumbraba espiar a los señores viajeros.

Hizo una pausa para respirar y, de paso, comprobar el grado de satisfacción del joven ante su respuesta, y comprendió al instante que haría bien en seguir hablando. Así pues, añadió que en el trayecto entre Malmköping y Strängnäs había doce paradas, y que el anciano podría bajarse en cualquiera de ellas, y que quien lo sabría con certeza era el conductor del autobús, que, según el horario, debía estar de vuelta en Malmköping a las 19.10, esta vez de camino a Flen.

Entonces, el joven se sentó al lado del asustado y dolorido hombrecillo y dijo:

—Tengo que pensar.

Y pensó. ¿Qué pensó? Pues que si le daba un par de hostias, sin duda conseguiría sonsacarle el número del móvil del conductor. Luego podría llamar a éste y decirle que la maleta del anciano era robada. Pero, claro, en ese caso correría el riesgo de que el conductor le fuese con el cuento a la policía. Mala cosa. Además, bien mirado, no era tan urgente, pues aquel vejestorio contaba más años que Matusalén, y si ahora tenía una maleta que arrastrar, cuando se apease en Strängnäs o alguna parada anterior se vería obligado a moverse en taxi, tren u otro autobús. Y así iría dejando nuevas pistas, y siempre habría alguien a quien tirar de las orejas para que le contase gustosamente adónde se dirigía el vejete. Estaba claro que el joven confiaba plenamente en sus dotes para que la gente desembuchara.

Cuando hubo acabado de pensar, tomó una decisión: esperaría el autobús en cuestión para hablar con el conductor.

Una vez resuelto el dilema, volvió a ponerse en pie y le explicó al hombrecillo, con lujo de detalles, lo que les pasa-